

Presentación

La Iglesia de Jesús nació como pequeña comunidad. Y creció en forma de «pequeñas células de vida» frente a la fuerza avasalladora de la religión oficial e institucional o frente a las grandes estructuras del Imperio. Ante la «grandeza» de una y otro, los seguidores de Jesús se reunían en pequeños grupos y, juntos, celebraban el don gozoso de la fe, la unión común, la comunión de bienes, la fracción del pan (He 2,42-47). Los primeros siglos de la Iglesia fueron fecundos en esta experiencia, fecundidad que se hizo patente en la vida de la sociedad, del mundo pagano.

Pero luego la Iglesia primitiva cede a la tentación de las grandes instituciones, de la vinculación a la estructura y a la organización, de vivir al abrigo del poder político. Y durante siglos, la Iglesia de Jesús vivió lejos de las primeras comunidades que la vieron nacer. La institución Iglesia mató la realidad viva de la comunidad. Y a pesar de que nunca faltó el testimonio de «pequeñas comunidades» en la vida de la Iglesia, sólo desde el acontecimiento eclesial que fue el concilio Vaticano II lo comunitario, la *koinonía* visible y encarnada en la comunidad cristiana, hace nuevo acto de presencia en la Iglesia. Un fenómeno que, en los momentos primaverales del concilio, se extiende, arraiga y fructifica por doquier. Como alguien ha escrito, «tanto en la diócesis como en las parroquias o en los movimientos apostólicos o en las congregaciones y órdenes religiosas debe darse siempre ese núcleo llamado comunidad. Es, debe ser, su raíz última; como su corazón entrañable, su venero y manantial, que vivifica al conjunto de todos sus miembros.» (L. Maldonado, *La comunidad cristiana*). Y esta comunidad, «recuperada» como el signo más representativo de lo que es «ser Iglesia», es hoy, si no una realidad floreciente, sí, al menos, una aspiración constante y un hito referencial. Nadie, dentro de una eclesiología de comunión, característica del Vaticano II, puede entender hoy a la Iglesia sin la comunidad cristiana como ese hito referencial.

Pero la comunidad de la que desea hacerse eco este número de Sinite no es «la comunidad», entendida solamente en sentido genérico: se trata, más bien, de las «pequeñas comunidades», de esos «grupos de talla humana» que, impulsados por la fuerza vitalizadora del Espíritu, quieren hacer visibles, en el corazón mismo de la Iglesia y de la sociedad, los rasgos esenciales de la comunidad-Iglesia, volver a hacer presentes las primeras comunidades cristianas en un mundo parecido en no pocos aspectos, al mundo pagano de los primeros siglos. Hablamos por tanto de las pequeñas comunidades, de las comunidades eclesiales de base, de esa comunidad que es «el primero y fundamental núcleo eclesial, que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructura eclesial y foco de evangelización y, actualmente, factor primordial de promoción humana y desarrollo» (Medellín, 15,10).

Esas comunidades constituyen, pues, las «células vivas» de la Iglesia, como afirma Secundino MOVILLA en su artículo «*La comunidad, célula viva de la Iglesia*». El autor afirma que lo que las células son al tejido corpóreo (lugar vivo, concentración de vida, revitalización del tejido corporal...) lo son las comunidades al tejido eclesial, a la Iglesia. Pero las células han de mantenerse vivas; de ahí las fuentes y manifestaciones de vida de las comunidades: dejarse impregnar y guiar por el Espíritu, vivir la comunión y la fraternidad, alimentarse de la Palabra de Dios, ser un signo vivo al servicio del Reino... Y la Iglesia debe saber que sin estas fuentes de vida, «sin estas células comunitarias la Iglesia se vería reducida a un ente seguramente bien estructurado y bien organizado, pero carente de la savia vital que le comunica el Espíritu».

Comunidades que son, además, —según muestra José Luis GRAU en su artículo «*¿Cómo evangelizar desde las pequeñas comunidades a la comunidad cristiana?*»— núcleos evangelizadores de la propia Iglesia, de la «gran comunidad cristiana», capaces de renovar y de dar sentido a su comunión (*koinonía*), a su capacidad real de servicio (*diakonía*), a la autenticidad y encarnación de su culto (*leitourgia*) y a la vida testimonial (*martyria*). Y ello, no de una manera aislada, sino desde la unidad e integración de cada una de esas dimensiones, pues según el autor, «la comunión lleva al servicio, éste conlleva que estemos más unidos. Cuando hay comunión desde

el servicio o servicio en comunión, la celebración 'se llena de vida y, a la vez, por lo que se celebra, vivifica. Celebrando, se realiza comunión, y el servicio se llena de sentido. Y si todo esto sucede y la gracia de Dios nos sigue acompañando, el testimonio se da por sí solo».

Evangelizar es tarea de la Iglesia y, como decimos, de la comunidad cristiana. Las «pequeñas comunidades» no sólo evangelizan a la Comunidad eclesial sino, sobre todo, son agentes de evangelización en la sociedad, al mundo. Este es el tema del artículo de Alejandro CASTILLO —«*Las pequeñas comunidades, agentes de evangelización*»— para quien palabras como justicia, solidaridad, compromiso, opción por los pobres... o realidades como las «redes de empresas solidarias» —desde las que habla el autor del artículo— son fecundas realidades o, al menos, campos de compromiso de las pequeñas comunidades.

Si la vida entera de la Iglesia ha de estar configurada por estas pequeñas comunidades, también su pastoral ha de impregnarse de la dinámica y del espíritu de ellas; especialmente en la pastoral catecumenal con los jóvenes. Es lo que propone Luis NARVARTE en el artículo «*Por un proceso pastoral de las pequeñas comunidades*». Desde un análisis de los procesos catecumenales de nuestras parroquias el autor describe la metodología —«un proceso catecumenal por etapas»— que ha de desembocar en la inserción de los jóvenes en las pequeñas comunidades. Comunidades que se convierten en «acompañante referencial del proceso pastoral de la Iglesia».

Han pasado más de treinta años desde que se clausuró el concilio Vaticano II. En algunos ambientes siguen muy vivos sus reclamos, sus intuiciones, sus exigencias, entre ellos, la vigencia de las pequeñas comunidades cristianas. Pero pareciera que hoy en la Iglesia se mira mucho a las grandes concentraciones de fieles —quizás, entre otras cosas, porque procuran una impresión mediática más impactante— y se olvida a las pequeñas comunidades. Mas, a pesar de que la pastoral oficial de la Iglesia no sea claramente favorecedora de estas comunidades, especialmente en algunos contextos, ¡existen... existen! Y desde aquí, con la sencillez, pero al mismo tiempo con la autoridad que da a sus palabras el saber teológico y pastoral, pero sobre todo la vivencia comunitaria y el compromiso evangelizador de los autores de los artículos de este número, *Sinite* quiere recordar a la Iglesia que ha de

recuperar con fuerza y con entusiasmo, con fe y con esperanza, esta realidad eclesial que, a pesar de sus propios problemas o de las tensiones que pueda generar, constituye, una imagen viva —para el mundo— de la Iglesia que quiso Jesús y, al mismo tiempo «un motivo de alegría y de esperanza para la Iglesia» (Puebla 96).